

¿Cuál es mi esperanza?

Horatius Bonar (1808-1889)

“**E**speré haber estado ya en la cumbre,” dijo un hombre anciano, quien se propuso en una mañana placentera de otoño de escalar un cerro detrás de su vivienda. Pero se equivocó de camino, y estaba más retirado de la cumbre que cuando comenzó. Regresó cansado y decepcionado. Igual que los hombres de quienes Job habla, “Fueron avergonzados por su esperanza” (Job 6:20).

“He tenido la esperanza de haber sido ya feliz,” dijo un hombre joven, mientras estuvo sentado al lado del timón de su yate espléndido, y la dirigió a lo largo durante las horas del sol. Pero con todo su oro, y el placer que el oro puede comprar, él estaba más ofuscado y triste que hace diez años atrás, cuando él se propuso a “gozar la vida.” Él se equivocó de camino, y su alma estaba más vacía que nunca. Él suspiró y miró alrededor sobre las olas azules en vano; ellas no le podían ayudar. “Fueron avergonzados por su esperanza.” Se equivocó de camino. Año tras año ha pasado, y él se estaba alejándose más y más de la felicidad. Dios no estaba en todos sus pensamientos.

“Tuve la esperanza de haber tenido ya paz con Dios,” dijo un hombre de sesenta años, un sábado por la mañana en su camino a la casa de Dios. Pero él pareció como uno que estaba más alejado como nunca de la paz; y el pensamiento de los años que volaban, sin ningún arreglo para la eternidad, le hacían triste. Él se equivocó de camino. Él ha trabajado, y orado, y ayunado, y ha hecho muchas buenas obras; él ha hecho todo menos una cosa, la de aceptar a Cristo. Él no ha considerado todas las cosas como pérdida por Cristo; él no dejó que su alma descansara sobre el único lugar de descanso. Su vida era una vida de hacer, pero no de creer; de dudar, no de confiar; y él fue avergonzado “por su esperanza.” Él pudo haber tenido ya a Cristo muchos años atrás, pero él prefirió su propio plan, y continuó con sus esfuerzos laboriosos a recomendarse a si mismo con Dios por sus devociones y hechos. La paz por la cual él ha estado trabajando no le ha venido; y la paz la cual el Hijo de Dios ha obrado, y la cual Él ha completado para el pecador, él no ha aceptado.

Es una cosa esperar, y es otra cosa esperar bien y verdaderamente. Esperar correctamente es esperar según lo que Dios ha revelado acerca de nuestro futuro.

Mucho ha sido escrito de “los placeres de la esperanza;” y mucho de lo que es verdadero y lindo ha sido dicho de estos “placeres;” porque son muchos los placeres, y el hombre se apega a ellos aun en los días de tinieblas y desesperación. No es mala cosa esperar. Dios ha puesto la esperanza en cada pecho humano; y el Libro de Dios habla mucho sobre ello, y sobre “de lo que se espera.” Es “bueno que un hombre espere,” dijo el profeta. “Continúa confiando y siempre esperando” son las palabras expresivas de un lema que ha animado a muchos. La esperanza es “el anda del alma,” y está frecuentemente, en dibujos, y artículos, y emblemas, así presentada, un anda asegurada sobre algo sólido en la ribera, y sostiene asegurado a un buque amenazado por el viento y las ondas.

Pero, para que sea el anda del alma, la esperanza necesita ser algo más segura y mejor que lo que el hombre usualmente la llama por ese nombre. Porque las esperanzas del hombre muchas veces son sus propios deseos y fantasías; y aun cuando ellas van más allá de éstas, y se ocupan con lo que verdaderamente es cierto y lícito, ellas no pueden ser confiadas, y ellas perduran sólo por un tiempo. Ellas decepcionan, pero no satisfacen. Ellas engañan y se burlan del quien las confía. Ellas no permanecen, pero desaparecen, dejando detrás de si mismas un vacío y un corazón dolorido.

Ellas por si mismas se quebrantan en pedazos, aún cuando ninguna mano las ha tocado, y ninguna tormenta las aplasta. Ellas no pueden ser confiadas por un día. “Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad.”

Una tardecita en Agosto, antes de ponerse el sol, nosotros vimos un arco iris aparecer de repente. Parecía salir de las nubes oscuras que estaban colgadas en el cielo, y llamó nuestra atención lo completo que estaba; no parecía faltarle algo en cuanto al color como en cuanto a su posición, era perfecto. Pero si fue algo más brillante, era también uno de los más breves que hemos alguna vez visto. Apenas apareció sobre las nubes cuando desapareció. El arco iris bello era como la esperanza del hombre, tan breve como tan brillante, tan decepcionante como tan prometedor. Desapareció del cielo, aunque ninguna mano lo tocó, y ninguna tormenta lo sacudió, dejando nada detrás de si mismo menos la triste nube, la cual el arco iris resplandeció por unos pocos minutos. “¿Qué es el hombre?” díjolo. ¿Cuáles son las esperanzas del

hombre, sus felicidades, y planes? Se levantan y se caen; ellas vienen y se van; ellas resplandecen, y luego regresan a la obscuridad. “Las cosas que se ven son temporales.”

Recordamos un día peculiar en el desierto de Sinaí, un día no exactamente de lluvia, pero un aguacero, con claro resplandor del sol en el medio. Sobre algunas rocas altas negras a nuestra izquierda estaban colgadas neblinas delgadas, o más bien rápidamente pasaron entre los precipicios marrones. Sobre ellas, arco iris tras arco iris se formaron en una sucesión bellísima; seis o siete de estos de repente resplandeciendo, y luego desapareciendo, uno tras otro, las más brillantes pero más débiles cosas que jamás hemos visto; así como algo que es real y duradero, pero a la vez tan irreal y perecedero. ¡Como ellas son los sueños y las esperanzas del hombre, decepcionantes y engañosas a los corazones humanos con belleza insubstancial! A tales sueños y esperanzas el pobre corazón se apegas, no solamente en la juventud, pero aun en la vejez; por medio de este brillo vano es apartado de Él quien es más brillante que todo el brillo de la tierra, “el resplandor de la gloria de Jehová y la imagen misma de Su persona; cuya gloria no cambia; quien es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.”

Oh hombre, ¿cuándo serás sabio, y fijarás tu ojo solamente sobre lo que permanece para siempre; sobre lo que llenará tu corazón y hará feliz tu alma por toda la eternidad?

Había una familia antigua escocesa, a quien pertenecían grandes haciendas, y que vivieron juntos por muchos años en una totalidad irrompible. Una tardecita ellos se congregaron todos juntos, con familiares y amistades, el padre, la madre, las hermanas, los primos, con los herederos de las haciendas como el centro del círculo feliz. Esa tardecita era lo último de la totalidad. Dentro de pocos años todo cambió, y cada miembro de ese círculo, que ha estado sentado en felicidad alrededor del hogar de la familia, fue juntado en la bóveda de la familia. Las haciendas fueron transferidas a otras manos, y los árboles viejos saludaban a otros dueños. Las esperanzas que resplandecían en cada rostro esa tardecita fueron rápidamente aplastadas, y la fragilidad de los rostros más bellos de la tierra y las afecciones más cariñosas fueron manifiestas en tristeza. Nunca miramos esa mansión de aquella antigua familia sin recordar algún texto que nos dice de la vanidad de las expectativas humanas. En un mundo moribundo como este, necesitamos una esperanza segura e inmortal.

Está escrito, “Haces tú perecer la esperanza del hombre” (Job 14:19). Sí, aun así. No sólo la esperanza del hombre se cae por si misma despedazándose, pero Dios la destruye antes de su tiempo. Brota en una noche y se marchita en una noche, porque

Dios la desmenuza. El hombre no puede ser confiado aquí con ninguna de las cosas permanentes de la tierra. Ellas llegan ser ídolos, y necesitan ser quebradas; porque “quitará totalmente los ídolos” (Isa. 2:18). Nuestras adoradas esperanzas de un brillante futuro aquí, de larga vida, de salud, de confortación, de dinero, de prosperidad, deben ser contenidas, de otro modo nosotros haremos de la tierra nuestro hogar y nuestro cielo, olvidándonos de la gloria que ha de revelarse, y los placeres que están a la diestra de Dios para siempre. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntate” (Ap. 2:19).

Pero Dios no apaga ninguna esperanza sin presentar una más brillante, una que permanecerá para siempre; porque Él no se burla de la criatura que Él ha hecho, ni seca sus bellas flores sin una razón, y esa razón está llena tanto con sabiduría y amor. Él tiene cuidado de nosotros. Él tiene compasión de nosotros. Él se contenta haciéndonos felices. Nos ama mucho como para que nos defraude con sueños.

La esperanza del hombre debe ser destruida, para que la esperanza de Dios sea edificada sobre sus ruinas. La humana es removida solamente para que la divina venga en su lugar. La temporal es sacada en misericordia de nuestro alcance, para que la eterna sea nuestra porción y herencia.

Existe, entonces, lo que Dios llama “una mejor esperanza,” una esperanza llena de inmortalidad; una esperanza que Dios mismo da, y la cual ningún hombre puede robarnos. Es divina y eterna. Ella trae consigo la paz que sobrepasa todo entendimiento; y contiene el gozo inefable y lleno de gloria. ¡Ninguna decepción en ella, y ninguna burla! Es segura y gloriosa, semejante a Él de quien ella nos llega. Está conectada con una corona, con una herencia, con un reino, con una gloria inmarcesible, con una eternidad de gozo tal cual ojo no ha visto, ni oído ha escuchado.

La esperanza que Dios coloca delante de nosotros no es una cosa dudosa, pero segura y gloriosa. Descansa sobre Su evangelio, al creerlo nosotros llegamos ser hombres de esperanza.

Porque nada menos que un evangelio creído nos puede darnos algo de esperanza, por lo menos de lo que Dios llama por ese nombre. Un evangelio creído nos trae paz; y, con la paz, nos trae esperanza. La paz es segura y firme; así también es la esperanza que nos trae.

Este evangelio es las buenas nuevas acerca de Él quien murió y fue sepultado y resucitó. Los treinta y tres años entre su cuna y su cruz abarca el compás completo de las buenas nuevas. La historia de su nacimiento, y vida, y muerte, contiene todo lo que nosotros necesitamos saber para la paz. Dentro del alma del que recibe esa historia divina esta paz entra, y, allí hace su morada, paz en creer, paz con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo. “Al que no obra, sino cree” (Rom. 4:5), esta paz le pertenece; y el que tiene la paz tiene la esperanza, una esperanza que no avergüenza.

¡Bendita unión de paz y esperanza! No podemos tener la esperanza sin la paz, y no podemos tener la paz sin la esperanza (Rom. 5:1,2). El creer en las buenas nuevas nos hace partícipes de ambas.

¡En esto consiste el amor! Porque así nosotros vemos a Dios proveyendo no sólo para nuestro presente, pero para nuestro futuro, poniendo delante de nuestros ojos una corona y un reino, y mientras tanto dándonos paz con Él mismo aquí sobre la tierra hasta que ese reino venga. ¡Aquí está el amor! Porque así nosotros vemos a Dios en Su compasión secando nuestros pozos terrenales, y al mismo tiempo abriendo para nosotros los pozos de salvación, “una fuente de agua que salte para vida eterna.”

¡Levanta tus ojos, oh hombre, y mira hacia ese futuro que está delante de tí! ¿Qué es lo que será? ¿Obscuro o brillante? Tu vida es sólo un vapor. ¿No te asegurarás de la vida eterna? Ella está a tu alcance. Se te ofrece a base de tu aceptación por Él quien vino a dar esperanza a los desesperanzados, vida a los muertos, paz a los atribulados, descanso a los cansados. Lo que Él hizo en morir en la cruz es lo que tú necesitas confiar para la eternidad. Es un lugar seguro de descanso. No necesitas otro. Él que cree entra al descanso.

Sí; y él que cree pasa a una vida nueva, y comienza un andar santo, una vida y un andar correspondiendo a la fe que realiza tanto la gracia de la Cruz y la gloria del reino. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es;” y ese mismo Espíritu Santo quien lo atrajo a la Cruz, le es dado a él para que él pueda seguir a Cristo, y ser santo como Él era santo.

✠ (traducido por Pedro B. Durik)

Publicado por Chapel Library • 2603 West Wright St. • Pensacola, Florida 32505 USA

Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2003 Chapel Library.